
ODA CUARTA.

Á TIMASARCO DE EGINA,
LUCHADOR EN LA PALESTRA.

De los trabajos arduos
La mejor medicina
Es la que da el triunfo,
Dulcísima alegría.

Los himnos, prole sabia
De las Musas divinas,
Cual bálsamo, al atleta
Solícitos alivian:

Los fatigados miembros,
Ni la caliente linfa
Ablanda cual los sonos
De encomiástica lira.

Vive, más que los hechos,
La dulce Poesía
Que de alto ingenio nace
Y las Gracias inspiran.

Tal á Jove se eleve
Esta cántiga mía,
Y á Nemea, y la lucha
De Timasarco invicta.

La de las altas torres,
Ciudad cuya justicia
Cual luminoso faro
Sobre la tierra brilla,

Patria de los Eácidas,
Hospitalaria Egina,
Del extranjero asombro,
Acéptela benigna.

¡Oh! Si del sol la lumbre
Calentara vivífica
A tu padre Timócrito,
¡Cuál pulsara la cítara!

¡Cuál las pasadas glorias
Que celebrar medita
Mi plectro con las tuyas,
Alegre cantaría!

Él ganó de coronas
Multitud infinita
En los Cleonios juegos,
Do siempre combatía,

En Atenas la sabia,
De Grecia maravilla,
Y en la de siete puertas
Tebas, ciudad amiga.

Allí junto á la tumba
Que guarda las cenizas
De Anfitrión, la frente,
Con flores exquisitas,

Ciñéronle gustosos
Por la amistad antigua
Que á su patria y la patria
Del viejo Cadmo unía:

Ni la mansión de Alcides
Fué tierra peregrina
Para él, que halló en sus aulas
Benévola acogida.

Con Telamón el grande
A Troya vino un día
Hércules: sus murallas
Con él fuerte derriba;

Con él, á los Meropes
De Cos vence en la isla,
Y al lidiador famoso
Alcioneo, domina.

Mas antes que á su clava
El gigante se rinda,
Con un peñasco enorme
Rompe doce cuadrigas.

A cada una dos héroes
Insignes conducían,
Y á todos aquel monstruo
Mata, hiere, mutila.

Quien mi relato acoja
Con suspicaz sonrisa,
No tiene de la guerra
Nociones ni sencillas.

Sepa que la Fortuna,
Si á veces es propicia,
Mil otras con desastres
Y derrotas humilla.

Rápido el tiempo vuela,
Y digresión prolija
Prohíbeme del canto
La ley reconocida.

Ya con mágica fuerza
La nueva luz de Cintia,
A celebrar los juegos
Al corazón excita.

Amaina ¡oh de mi musa
Ligera navecilla!
Que ya á desviarte empieza
De mi genio la brisa.

A su halagos tiernos
Tu buen timón resista,
Aunque las olas besen
En alta mar tu quilla.

Seremos vencedores
De la turba enemiga,
Si nuestra ruta alumbra
El sol de mediodía.

El émulo entretanto
Que nuestra suerte envidia,
Sus tramas, como el humo
Desvanecerse mira;

Entre tinieblas densas
Sigue su senda inicua,
Y en el abismo, á oscuras
Al fin se precipita.

La que el Hado potente
Encendió, leve chispa,
En mi pecho, no hay riesgo
Que los años extingan.

Ea, pues, entonemos
¡Oh dulce lira mía!
Un cántico, empapado
En dulce miel de Lidia,

Que grato vaya á Enona
Y á Chipre la festiva,
Donde erigió su trono
Teucro Telamonida.

Cual numen hoy gobierna
Su patria Salamina,
Ajax, su noble hermano,
Si bien de corta vida.

En el Euxino Ponto
Surge espléndida isla,
Do tutelar impera
Aquiles de Larisa;

Tetis el cetro empuña
De la risueña Ftía;
Y en el ilustre Epiro
Neoptolemo domina,

Do bueyes mil, la sierra
Que en Dodona principia
Y llega hasta el mar Jonio,
Con rico pasto cría.

Al pie del monte Pelio
Peleo á Jolcos sitia,
Y á los bravos Hemonos
Entrégala cautiva.

Nada las redes valen
Que tiéndele ofendida
La adúltera consorte
De Acasto, Astidamía.

El engañado esposo
Muerte oculta maquina
Darle, con la Dedálea,
Encantada cuchilla;

Pero Quirón el sabio
Al casto joven libra
Guardándolo á la suerte
Que Jove le destina.

La irresistible fuerza
De llamas voracísimas,
Impávido en el bosque
Peleo desafia,

Las garras de leones,
Y las horribles filas
De dientes de alimañas,
Que asoladoras brillan.

De tanto riesgo ileso,
Al fin logra la dicha
De unirse en matrimonio
A una Nereida ninfa;

Y ve la que comparte
Con ella, regia silla,
Por los Reyes del cielo
Y del mar circüida,

Llevándole obsequiosos
Dádivas exquisitas,
Que espléndidas herede
Su descendencia invicta.

Nadie puede las rocas
En que Gades estriba
Pasar hacia Occidente;
Presto de bordo vira.

El viento de mi genio
Tu vela otra vez hincha:
Vuelve de nuevo á Europa
Tu prora, ¡oh mi barquilla!

Que es difícil empresa
Cantar las infinitas
Hazañas que á la raza
De Eaco glorifican.

Ilustre pregonero
De las luchas eximias
Que del robusto atleta
Los miembros fortifican,

Gozoso á los Teándridas
A cantar en Olimpia
Vengo, y en la palestra
Nemea, y en la Ístmica.

Doquier lucharon fuertes;
Ni sin coronas ínclitas
Tornaron de los juegos
A su ciudad natia.

De triunfales himnos
¡Oh Timasarco! brilla,
Como dispensadora
Y asunto, tu familia.

Mas si al heroico hermano
De tu madre, Caliclas,
Mandas que un monumento
Más cándido hoy erija

Que de mármol de Paros,
Te obsequiará mi lira.
La brillantez del oro
Con el crisol se aviva;

Y el himno que preclaras
Hazañas eterniza,
Al luchador, más alto
Que los reyes, sublima.

En los Elíseos campos
Do mora, el buen Caliclas
De mi fecunda lengua
El cántico reciba.

Con apio ornó su frente
La palestra Corintia
En los sagrados juegos
Que á Neptuno dedica.

Su nombre el viejo Eufanes,
Tu abuelo, inmortaliza:
¡Joven! En cada siglo
Nuevo vate germina.

Quien lauros en los juegos
Atléticos conquista,
Cual nadie, al celebrarlos
Sabe pulsar la lira.

Él solo de Milesias,
Tu maestro, podría
Narrar en el certamen
La destreza inaudita,

Su férvida elocuencia,
Su fina cortesía,
Y con los adversarios
La intrepidez invicta.

ODA QUINTA.

Á PITEAS DE EGINA,

HIGO DE LAMPÓN,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

Escultor no soy yo. Forjar no puede
Mi mano infiel, estatua poderosa
Que sobre el pedestal inmóvil quede.

Mas tú, dulce canción, sal presurosa
En cuanta nave ó bote abriga Egina,
Y anuncia por doquiera melodiosa,

Que corona inmortal Neme divina
Al hijo de Lampón, robusto mozo,
En el *Pancracio* vencedor destina.

Aun no le apunta el prematuro bozo
(Flor de otoñales frutos precursora)
Al buen Piteas, de sus padres gozo,

Y ya á los semidioses condecora,
De Jove y de Saturno descendientes,
Y de ninfas del mar, que Febo dora;

É ilustra á aquella cuna de valientes
Y metrópoli invicta, renombrada
Por su hospitalidad entre las gentes;

Célebre por sus héroes y su armada:
Tal de sus fundadores fué el deseo
Ante el ara de Júpiter sagrada.

A Telamón paréceme que veo
Al cielo alzar las suplicantes manos,
Y al otro hijo de Endáis, el gran Perseo.

Seguía Foco, flor de soberanos
(A quien parió la ninfa Psamatea
En la orilla del mar), á ambos hermanos.

Me da vergüenza referir la fea
Y criminal acción, que á huir obliga
De Éaco insigne á la ínclita ralea.

Qué Numen vengador de la isla amiga
Lanzó á los héroes, no dirá mi labio.
¡Planta mía veloz! tu ardor mitiga;

Que la verdad desnuda fuera agravio
Mostrar doquier y en todas ocasiones,
Y mil veces callar es lo más sabio.

Si su robusto brazo, ó las acciones
Que hicieron gloriosísimos en guerra
Y en paz á los Eácidas varones

Queréis que yo celebre, no me aterra
Continuar la carrera interrumpida,
Aunque junto á mis pies se abra la tierra;

Que es mi planta veloce y atrevida,
Y saltaré, cual cruza inmensos mares
Aguila que en la sierra alta se anida.

Repetiré los plácidos cantares
Que entonó en su loor el dulce coro
De las Musas, del Pelio tutelares.

En medio de ellas, con el plectro de oro
Las siete cuerdas de su lira hería
Febo, del canto director sonoro.

Empezó la variada melodía
Por Júpiter. De Tetis y Peleo
El cántico nupcial tierno seguía.

De Hipólita, progenie de Creteo
Y del Magnesio Rey infiel esposa,
Nárrase el dolo y criminal deseo.

La muerte de su amado urde alevosa;
Y de querer manchar el regio lecho
De Acasto, calumniar al huésped osa.

¡Mentira atroz de femenil despecho!
Fué la mujer quien lo tentó lasciva
Cuando moraron bajo el mismo techo.

Noche tras noche con halagos iba
Procurando rendirlo apasionada:
El siempre la apartó con mano esquivada.

Temió ofender á Jove, á quien agrada
Proteger al amigo, cuya mano
La puerta nos abrió de su morada;

Y Jove, de los Dioses soberano,
Desde el cielo miró la resistencia
Que opuso el joven al amor insano;

Y premiarlo juró su omnipotencia,
Desde el trono de nubes donde mora,
Con bella esposa y celestial herencia.

La mano de Nereida seductora,
Que con rueca sutil de oro trabaja,
Pidió á Neptuno, á quien Corinto adora:

Y aunque mortal, á dársela se abaja
El Dios del mar, que de su fértil Ega
Al Istmo Dorio de continuo viaja,

Do alegre multitud cantando llega,
Y á recibirlo con trompetas sale,
Y á luchas arduas en su honor se entrega.

Quién entre los atletas sobresale
La Fortuna decide, y quién merece
Que el precioso laurel se le regale.

Egina á tí mil cánticos ofrece
¡Eutimeno feliz! que la Victoria
(Celeste Numen) en sus brazos mece.

De tus pasados triunfos la memoria
Hoy revive en Piteas, tu sobrino,
Quien á tu ilustre raza añade gloria.

Nemea le ciñó lauro divino
En la época feliz que alegra á Enona,
Y que tanto ama Apolo, el mes Delfino.

La colina de Niso lo pregonaba
Vencedor, á la par que el patrio suelo,
De cuantos le disputan la corona.

Para mí, su cantor, dulce consuelo
Es contemplar de la ciudad entera
Por brillar en los juegos el anhelo.

Y tú, gallardo joven, considera
Que debes de Menandro á la enseñanza
El lauro que tus penas remunera.

A Atenas, do nació, su gloria alcanza;
Alma ciudad, que, cual ninguna, sabe
Formar atletas de sin par pujanza.

Y si pidiereis que á Temistio alabe,
Hablad sin miedo: de mi dulce canto,
Las velas todas izaré, en la nave.

Proclamaré ¡de púgiles espanto!
Cómo en la lucha y el *pancracio* obtienes
Doble victoria en Epidauro santo,

Y en el atrio, á colgar, del templo, vienes
En que Eaco, tu abuelo, se venera,
Las flores que al favor deben tus sienes

De las Gracias de rubia cabellera.

ODA SEXTA.

Á ALCÍMIDES DE EGINA,
JOVEN LUCHADOR.

Una es de los mortales y los Númenes
La stirpe original;
Una la madre de ambos; mas sepáranos
Fortuna desigual.
Polvo es el hombre: inmóvil en su asiento
De bronce, permanece el firmamento.

Una chispa nos queda (aunque disímiles)
De la Divinidad.
Índole celestial, grandioso el ánimo,
En el hombre admirad,
Si bien camina á tientas á la meta
A que el Hado llevar su pie decreta.

De la divina alcurnia el buen Alcímides
 Claras señales da;
 Al campo semejante, que fructífero
 Dió su cosecha ya,
 Y deja este año descansar sus glebas
 Guardando al venidero mieses nuevas.

De los Nemeos plácidos certámenes
 Hoy torna vencedor
 El joven púgil; y, merced á Júpiter,
 Experto cazador
 De lauros, y no indigno en la palestra
 Nieto del gran Praxídamas se muestra.

Este insigne varón á los Eácidas
 Primero regaló
 Los Olímpicos ramos que en las márgenes
 Del Alfeo arrancó:
 Luégo tres de Nemea, y hasta el quinto
 Lauro dorado que ganó en Corinto.

Al oscuro Soclides, primogénito
 De Agesimaco, da
 Nombre que á las edades remotísimas
 Ilustre pasará.
 ¿Tantas coronas, qué familia abraza
 Como los tres atletas de su raza?

Sus luchas y victorias celebérrimas
 En toda Grecia son:
 De los honores los llevó á la cúspide

Divina protección;
 Pero á su fama altísima, el certero
 Dardo de mi cantar, que llegue espero.

Dispara, pues, ¡oh Musa! flecha rápida
 De tu arco sin igual,
 Y al blanco lleve el viento tu encomiástico
 Cántico triunfal.
 Celebrar de los muertos los loores
 Es deber de poetas y oradores.

En la antigua familia de los Básidas
 Encontrará, en verdad,
 Asuntos mil, quienquier de las Piérides
 Cultiva la heredad,
 Para llenar con entusiastas odas
 De Egina mercantil las naves todas.

De la ilustre familia noble vástago,
 La fuerte mano armó
 Con el *cesto* feroz, Calias indómito,
 Y vencedor salió
 Merced á los dos hijos de Latona,
 La de la rueca de oro, allá en Pitona.

A orillas de Castalia, de las Cárites
 La dulce procesión
 Le dirigió, á las sombras del crepúsculo,
 Suavísima canción:
 La víctima trienal aún caliente,
 Lo honró Neptuno en el marino puente.

Con el follaje del león terrífico,
 Su sien pudo ceñir,
 Y vencedor, de las montañas ásperas
 De Fliunde venir.
 ¡Isla famosa! El vate ve mil puertas
 Para darte más gloria siempre abiertas.

Su misión facilitan los Eácidas
 Con hazañas sin par:
 Muy lejos vuela tu renombre espléndido
 Por tierra y por el mar,
 Y aun á la playa Etiópica remota
 Lo llevó de Memnón la aciaga rota.

Terrible muerte de la Aurora el vástago
 Frente á Ilión halló:
 El hijo invicto de la bella Tétide
 Del carro descendió,
 Y al negro jefe de sin par pujanza
 Atravesó con su iracunda lanza.

No me culpéis, si en alabanzas pródigo,
 De los antiguos soy:
 Ajeno ejemplo y mi constante método
 Si bien siguiendo voy,
 Más que á las olas de remota orilla
 Atiendo á las que azotan mi barquilla.

Sin vacilar, sobre mis hombros débiles
 Hoy doble carga eché,
 Y veinticinco triunfos honoríficos

Alegre cantaré,
 Ganados en la lid que llaman santa,
 Y á la raza de Alcímides levanta.

Las dos coronas que en el circo Olímpico
 La suerte arrebató
 A tí, querido joven, y al buen Tímidas,
 Callar no puedo yo:
 Desde su templo, Júpiter divino
 Testigo fué de vuestro adverso síno.

¡Melesias! sin rival entre los púgiles,
 Como el veloz delfín
 Entre los peces de la mar horrisona,
 ¡A tí gloria sin fin!
 Como al potro conduce auriga diestro,
 Del joven luchador eres maestro.